

Debe de ser cerca de la medianoche. Quisiera empezar con una cámara al hombro; no sé si este procedimiento es siempre un plano subjetivo, pero me sirve como un punto de vista personal. No serán muchos los acontecimientos que narraré y yo seré, casi sin proponérmelo, un juguete de esta historia. No un triste juguete del destino, como dice Romeo en la obra de Shakespeare, tan solo por caminar a esta hora, sin un alma en el malecón de La Punta y contra la brisa que se precipita hacia el sur. Sé bien que acá el frío es intenso y endurece la piel del rostro. Eso me complace. Tensa mis pensamientos después de una larga jornada de clases. Un primer plano muestra ahora cómo paso la lengua por mis labios, los muerdo despacio como palpando su consistencia y después los aprieto fuerte, todo lo que aguanto.

Nada que temer. El aire crudo anestesia el dolor y siento el sabor metálico de la sangre. Me gusta el viento marino que me hiere los ojos, refresca mi frente y

alborota mis cabellos. Es bueno llevar el cabello largo y desordenado, rasurarse a las quinientas y tener aspecto de hombre duro, de escritor desvelado que ha envejecido prematuramente y que se ha quedado con el combustible al mínimo.

¿Deseos? ¿Ilusiones? Solo las de llevarme un cigarrillo a la boca y dejarlo adherido un buen rato, colgando como el ala rota de un pájaro marino, sin ganas de encenderlo y enseguida soltar algunas palabras, muy pocas, y dejarlas caer precisas pero sin énfasis.

Me detengo en el sardinel que bordea el terraplén. «A que no lo haces», me digo. «Tú eres un bueno para nada». Es una cuestión de honor y me arriesgo, procedo a hacer el equilibrio. Camino con la armonía de un acróbata de circo: levanto apenas una pierna, me inclino levemente hacia adelante, mantengo vertical la columna, ondeo los brazos a los flancos y encajo el pie con firmeza. Doy ese primer paso... el más difícil. Luego un segundo paso... «¿A quién engañas?», me pregunto.

No avanzo sobre una cuerda floja ni tiene este acto un solo testigo que suspenda el aliento. No, solo soy un tipo que da pasos torpes sobre un palmo de concreto —cualquier niño por la tarde lo hizo mejor—, y debajo de este muro de defensa solo se acumulan cascajos, tristes cortezas de bichos de mar. Los fines de semana es más variado: encuentro envolturas de golosinas, puchos, preservativos y latas de cerveza. Pero hoy es día de trabajo y mañana también. Temprano tendré que dictar mis clases en el colegio y almorzaré un menú, es seguro que no vendré a casa y leeré en algún lugar tranquilo de la Ciudad Universitaria y por la noche asistiré al taller. El taller de crítica es una buena opción para ausentarme.

Mañana cumpliré veintitrés años y no he conseguido nada en la vida, salvo una voz grave y a ratos una respiración impaciente. Es todo. Pero mi madre insiste en que haga una reunión con mis amigos. ¿Qué tantos amigos, por favor? ¿Por qué serás tan amorosa y tan necia? Ella cree que porque soy hijo único tiene derecho a tomar mis decisiones. Quiere celebrar mi cumpleaños; no, *agasajarme* fue la palabra que empleó, porque este ciclo al fin terminé la carrera...

No creo que sea un gran mérito para una persona que empezó tres carreras, que lleva siete años sobreviviendo en la universidad y que está medio podrido con las penurias de San Marcos. Muchos de mis compañeros no tienen una maldita moneda para almorzar. Estoy obligado a saborear los cafés desabridos de esas covachas desperdigadas en el campus, escuchar las monsergas políticas por los altoparlantes durante las clases y taparme las narices cada vez que entro al baño.

Nunca he visto urinarios en tal estado: líquidos ásperos y espumosos, residuos malolientes, con musgos en las ranuras de las mayólicas y atiborrados de volantes que proclaman la lucha armada. Pero eso no es lo peor, sino el hecho de haber soportado una universidad intervenida militarmente, con soldados apostados en los techos y patrullas que circulaban amenazadoramente por las calzadas y espías por todas partes como en una ciudad durante una guerra. Un horror. Si ella lo pensara mejor, estaría disgustada conmigo por haber permanecido tanto tiempo en esas aulas miserables.

Busco en el bolsillo de la casaca el cigarrillo que me reservo para estos paseos nocturnos. Uno solo, nada más. Recuerdo cuando quería ser poeta y fumaba

mucho, siempre tabaco negro; en realidad los cigarrillos se consumían en el cenicero, mientras buscaba adjetivos con la misma angustia de quien ha tragado varios frascos de somníferos y se ha arrepentido del suicidio. Me salían unos versos blandos e imperdonables. Pero no sé por qué perverso designio no lo notaba y con la mayor desvergüenza se los daba a leer a mis dos únicos amigos de entonces. Y de ahora.

Para ellos, por supuesto, constituía un espectáculo ridículo verme sufrir tanto y convertir, sin embargo, todo mi padecimiento en unos poemas remilgados, sin nervio, sin personalidad. Por eso abandoné los estudios de Literatura y opté por la Historia; fue un golpe de suerte llevar un curso con un maestro carismático y especialista en crónicas. Desde entonces las crónicas de la Conquista y de la Colonia del Perú son la fuente de mis mayores intereses.

OJOS TRISTES

La protagonista empieza maquillándose. Se comporta algo obsesiva, porque se ha detenido hace un rato en los párpados y retoca con un lápiz oscuro de manera recurrente —usa dos tonos en realidad—, mientras no deja de producir un mohín con los labios que le hunden un gracioso hoyuelo en el centro de la barbilla. Tiene la frente tan amplia que parece un antiguo dibujo animado, una especie de Piolín. También tiene, como el canario de Silvestre, unos ojos inmensos y vivaces, pero ahora está obstinada en darle un contorno sombrío.

No tiene la menor intención de ocultar su desánimo tras esos ojazos alegres. Ahora no. Ella vive con sus abuelos y una constelación de *guppys* de colores, un tropel de pececitos que Sol llama *groupies* por su fijación con la música. Sus padres han muerto en un accidente de aviación y ella cree que desde entonces cultiva, como una flor invisible, esa tendencia natural a la melancolía que sus ojos disimulan demasiado bien.

—Él ha dicho que te pareces a Piolín.

—¿Quién es él?

—El que te ha inventado.

Esa es la voz que Sol escucha a menudo. A veces le contesta o le pregunta, como lo ha hecho ahora. Apareció hace dos años, cuando cursaba tercero de media y tuvo su primer enamorado. Lo recuerda muy bien: fue en las vacaciones de medio año, durante unos días que pasó en una playa del norte. Caminaba por la orilla cuando surgió, repentina y brutal, para advertirle de una raya que agonizaba en la resaca. Ella dio un brinco, más por la voz chillona de alarma que provenía de algún rincón de su interior que por el contenido del aviso. Supo, desde el primer instante, que aquella voz no pertenecía a ninguno de sus acompañantes.

Sol formaba parte de un grupo de chicos mucho más habituados que ella a los sobresaltos del litoral, así que de inmediato rodearon a la pequeña alimaña y con palos la retiraron del mar. Estaba moribunda y a todos les causó una fuerte impresión; sobre todo el aspecto de la boca, una grotesca ranura que dejaba al descubierto las encías armadas por minúsculos dientes, trabados unos con otros como una trituradora.

La arrastraron unos metros y luego la cubrieron con arena reseca. Alguno de los chicos le dijo a Sol que de milagro se había salvado del agujijón, que el pinchazo es dolorosísimo y hasta puede ser mortal. Luego le explicó algunos casos conocidos en la zona y los demás chicos se animaron a meter sus voces, se sumaron a las habladurías con cierta exaltación, como si compitieran por quién exageraba más. Sol permaneció muda, pero no tanto para escuchar las fabulaciones de sus amigos, sino para descifrar de qué

profundo resquicio de su conciencia se había disparado ese grito salvador.

Aquella voz imprecisa, que no consigue distinguir, como si saliera de una radio cuyo dial estuviera empecinado en sintonizar antes o después de la estación, nunca de manera exacta, hace que por momentos parezca la voz algo aflautada de un hombre y en otros momentos, más bien, la voz mesurada de una mujer mayor, tal vez fumadora o lesionada de las cuerdas vocales.

Sol no ha compartido, en veintiocho meses, este secreto con sus abuelos ni con nadie. Se muere de miedo de caer en manos de un psicólogo o, peor aún, de un psiquiatra. Les teme, sin saber bien por qué, pues la psicóloga del colegio es la persona más fascinante que ha conocido. Aunque le intriga, porque parece estar tan distante de todo y de todos. Y además ha leído lo suficiente sobre sus síntomas como para saber que es una señal, sin lugar a dudas, de un trastorno mental crónico y espinoso. Incurable.

—¿Sabes cómo se dice *canario* en lengua náhuatl?

—¿Náhuatl? ¿Del centro de México?

—De ahí mismo.

—No.

—*Piolín*, aunque no lo creas.